

MI ATERRIZAJE EN SANTA ROSA

¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Fueron las primeras preguntas que vinieron a mi mente cuando me desperté de lo que creí que había sido una pesadilla. Lo último que recordaba era haber notado un gran estruendo al salir de la órbita de Deimos, la segunda luna de Marte y después, solo recordaba oscuridad. Sin embargo, algo me decía que algo iba mal, miré a través de la ventanilla de mi nave y no pude creer lo que veían mis ojos. Mi cabeza empezó a dar vueltas a lo ocurrido en las últimas... no sé, ¿24 horas?, había perdido la noción del tiempo... ¿Cómo era posible?

No estaba en mi planeta, pero por lo poco que podía observar: cielo azul y sol radiante... no había duda de que había ido a parar al planeta del que tanto me habían hablado: la Tierra. En cuanto llegué a esa conclusión, entré en pánico, estaba a miles de kilómetros de mi hogar y solo, debía intentar salir de ese lugar pitando. Por lo que nos habían enseñado en el colegio, no existían registros de que algún marciano hubiera sobrevivido allí. Siempre nos habían contado que los habitantes de la Tierra, los llamados humanos, eran aterradores, tenían 5 dedos en cada mano, dos ojos y además su piel era de un color la mar de raro.

No quería encontrarme con ninguno, ni irme de excursión a conocer el entorno así que me puse manos a la obra e intenté arrancar mi nave para salir de allí. Tras 10 minutos intentando llevar a cabo el procedimiento de despegue me di por vencido, algo fallaba en mi nave. Probablemente se habrá estropeado al chocar contra el suelo, pensé. Desesperado y hambriento tuve que hacer lo que más me aterraba en aquel momento: salir de la nave. En cuanto abrí la compuerta superior, el sol me cegó durante lo que me pareció una eternidad. Cuando mi vista se acostumbró, miré a mi alrededor para asegurarme de que ningún humano andaba cerca. Bajé de un salto y rodeé mi nave buscando cualquier avería visible. Por suerte o por desgracia había ido a aterrizar en el extremo de una campa gigante que estaba llena de camiones, y cachivaches de colores con luces (no sabía muy bien que eran). Mi nave se había llenado de polvo, pero la ventaja era que pasaba desapercibida. Cuando revisé mi medio de transporte por completo advertí que faltaba una pieza de su estructura, quizás la más importante: su reactor de fusión. Se trataba de una bola roja bastante llamativa que se situaba en medio del techo de la nave y que servía como fuente de energía principal. No había forma alguna de que pudiera emprender mi viaje de vuelta a casa sin él. ¿Qué iba a hacer ahora?... Empecé a dar vueltas alrededor de la campa, quizás se hubiera soltado al impactar con el suelo... Miré por todos los rincones de la esplanada, ni rastro... Decidí sentarme a la sombra, medio escondido para trazar un plan de búsqueda, tenía que encontrar la pieza y largarme de ese planeta antes de encontrarme con cualquier hu-... De repente, una voz estridente interrumpió mi reflexión:

- ¡Hola!
- ¡AAAAAA!, un ¡humano! -Exclamé yo, preso del pánico
- ¡AAAAAA! Un animal que habla- gritó ella en respuesta
- Oye, que yo no soy un animal- me defendí
- ¿Y qué eres entonces? – preguntó la pequeña humana ya más calmada
- Pues un marciano, ¿no es obvio?

- Un un un ¿¡un extraterrestre de verdad!?, ¡como mola! - Tartamudeó ella.

La verdad era que esta humana no daba tanto miedo como los que me habían descrito en mi planeta natal, así que decidí pedirle ayuda...

- Ajá, ese soy yo. Me llamo Ralph, soy de Marte y no se cómo he acabado en este sitio, por cierto ¿exactamente dónde estamos?
- Encantada Ralph, yo soy Mía y estamos en Venta de Baños, un pueblo de Palencia... ¿te ubicas?
- La verdad es que no, en Marte no nos enseñan geografía terrestre.
- Tiene sentido, bueno pues lo irás descubriendo poco a poco... ¿Quieres que te haga un tour por el pueblo? Has tenido suerte, has llegado en la mejor semana del año, ¡Las fiestas de Santa Rosa!
- Nono Mía, no quiero que nadie más me vea. Pero necesito tu ayuda, ¿me ayudarías a buscar el reactor de fusión de mi nave por favor? - Le supliqué yo
- Mientras tanto, me puedes ir contando que es eso de las fiestas de Venta de Baños... ¿trato?
- Trato aceptado.

Nos pasamos la siguiente hora conversando; yo le describí la parte perdida de mi nave y ella comenzó a explicarme todo sobre Santa Rosa. Al parecer, durante una semana de agosto, los venteños (así se llamaban los habitantes de aquel lugar) se reunían para celebrar lo orgullosos que estaban de su pueblo y de su patrona. Mía me contó también que cada grupo de amigos tenía algo llamado peña, un local donde comían, bebían e invitaban a los demás grupos del pueblo a pasar el rato. Además, vestidos con la camiseta de su peña (iban todos del mismo color) acudían a las múltiples actividades organizadas: la búsqueda del tesoro, el juego del balontiro, la xcandalona...

La pequeña humana me dijo que íbamos a buscar mi reactor peña por peña. Lo más probable era que alguien se lo hubiera llevado de la campa pensando que era un juguete u objeto decorativo...

Empezamos por la más cercana: El descontrol. Estaba a unos 100 metros de mi nave, pero el camino se me hizo eterno. Mía me había puesto gafas de sol, una peluca y una camiseta para parecer un poco más humano. Aun así, me sentía muy expuesto, como si mil ojos me estuvieran observando. Al entrar en el local todos los peñistas nos recibieron con entusiasmo, aunque estaban un poco liados porque al parecer esa tarde les tocaba dar la limonada. Por lo que me contaron no era tarea fácil: tenían que preparar la bebida días antes con vino, fruta y azúcar, dejarla reposar y llegado el momento de repartirla, estar muy atento de que nadie se quedara sin ella y esperar que les gustara.

Mía estaba un poco nerviosa mientras me lo explicaban, como si de repente alguien fuera a darse cuenta de que yo no pertenecía a ese lugar así que interrumpió mi conversación:

- ¡Perdonad! Esque tenemos un poco de prisa... ¿Habéis visto una esfera roja brillante?
- No, lo sentimos. – respondieron todos al unísono, como sincronizados.

- Vale, no pasa nada, ¡gracias igualmente! – mi nueva amiga se despidió y salió por la puerta.

Yo la seguí no sin antes dar un último vistazo a la peña. Que lugar tan curioso, estaba lleno de fotos de todos los amigos juntos, trofeos de los juegos populares y una colección de objetos que no sabría muy bien como clasificar...

Al salir, Mía me informó que ahora nos dirigiríamos a la peña de los Mochilones. Cuando llamamos a la puerta fuimos recibidos por un montón de niñas que conocían a Mía. Todas le hicieron preguntas sobre quién era su compañero y me miraron fijamente, como si no se fiaran de mí. Siempre he pensado que los niños tienen un sexto sentido para estas cosas...

Algo que me llamó la atención de ellas es que cada una llevaba una banda que ponía: Rosita 2026. Mía me explicó más tarde que es tradición que cada peña elija dos representantes cada año entre las niñas del pueblo, una mayor y una pequeña. Juntas, tienen que acudir al desfile con su peña y días más tarde ir a la misa de la patrona a llevarle una ofrenda en representación de esta.

Cada vez estaba más intrigado por los detalles que rodeaban a esta celebración; la verdad es que no me hubiera importado quedarme a conocer Venta de Baños durante toda esa semana, pero no podía parar de pensar en lo preocupada que debía estar mi familia... Tenía que volver a casa cuanto antes.

- ¿Por cierto, no os sonará haber visto una esfera roja verdad? – preguntó Mía expectante...

La mayoría de las niñas negaron con la cabeza, estaba a punto de tirar la toalla cuando de repente la más pequeña de la habitación gritó orgullosa: ¡Yo sí!

Acto seguido mi amiga y yo comenzamos a acribillarla a preguntas, queríamos saber los detalles exactos sobre cómo encontrar el reactor. La niña pequeña nos contó que recordaba haberlo visto el día anterior en la peña de su abuela, los Celtas. Según sus indicaciones se encontraba en el patio, a modo de decoración. Tras despedirnos y agradecerles su gran ayuda Mía y yo pusimos rumbo nuestro siguiente destino. Tuvimos bastante tiempo para seguir conociéndonos ya que la peña se encontraba en ``el otro lado``.

Si os soy sincero me costó bastante entender el concepto al principio... Según me explicó la humana, Venta de Baños se encontraba dividido en dos por las vías del tren, así que para cruzar de un lado a otro de las vías tenían que subir por una pasarela o bajar por varios subterráneos. Por ello, cuando los venteños se encontraban en un lugar, llamaban al lado opuesto del pueblo, como ya he dicho, ``el otro lado``.

Para cuando llegamos a la puerta de los Celtas ya estaba atardeciendo. Mía y yo estábamos nerviosos, expectantes por ver si por fin ese sería el lugar donde encontraríamos la parte de mi nave. Al cabo de unos minutos llamamos y tardaron un poco en abrirnos, al parecer estaban cenando.

- Buenas tardes, yo soy Mía y este es Ralph, estamos aquí porque hemos oído que tenéis algo que estamos buscando, una bola roja que pertenece a mi amigo. - explicó ella a las dos señoras que nos abrieron la puerta.
- Buenas tardes, chicos... - ambas se miraron como sin saber muy bien qué decir.

- El objeto es muy importante para mí, si nos lo dais no os molestaremos más - intervine yo.
- No sabemos de qué bola nos habláis... pero podéis entrar en la peña y rebuscar, puede que esté entre todos los trastos que tenemos.

Mi amiga y yo aceptamos la invitación y cruzamos la puerta. Según lo que nos había dicho la pequeña mochilona, mi reactor debía estar en el patio donde nos encontrábamos. A primera vista no encontramos nada que se le pareciera, pero cuando llegamos a la mesa donde estaban todos los Celtas cenando reconocimos una bola roja sobre el mantel. ¡nos pusimos a dar saltos de alegría!, por fin iba a poder volver a casa... Los peñistas nos miraron extrañados cuando nos abalanzamos a cogerlo y no era para menos, pues cuando lo miramos de cerca reparamos en que ese objeto no era mi reactor, ¡era una lámpara!

- ¿Qué voy a hacer ahora? - Pregunté desesperado a Mía
- No lo sé Ralph... Tendremos que dejar la búsqueda para mañana, se está haciendo de noche y todo el mundo irá a la verbena a medianoche.
- ¿Vebena?, ¿Qué es eso? – Quise saber con curiosidad.
- Es mejor que lo veas con tus propios ojos...

Esa noche disfruté de una velada mágica. Todos los venteños bailaban y cantaban juntos al son de canciones que hablaban de amor, amistad y verano. Me quedé embelesado mirando a los cantantes y bailarines de la verbena, nunca había visto nada igual. Me gustó tanto que cuando Mía me invitó a quedarme en su casa durante todo Santa Rosa, no pude negarme. Los días que siguieron, acudí a mi primera charanga, aprendí a apuntar en los globos de la feria y conocí a un montón de humanos maravillosos.

Si os estáis preguntando por mi reactor, Mía y yo lo encontramos por casualidad en la peña de su tío, el xscandalo. Cuando llegamos lo estaban utilizando a modo de pelota, cosa que nos hizo bastante gracia la verdad...

Al finalizar la semana llegó el momento de mi partida. No podía creer que hiciera solo cuatro días desde mi aterrizaje forzoso en Venta de Baños, parecía que hubiera pasado toda una vida. Mi estancia allí me había cambiado por completo: en primer lugar, había descubierto que la Tierra no se parecía en absoluto al planeta que describían los libros de historia marcianos; en segundo lugar, me había dado cuenta de lo importante que era el sentimiento de comunidad, saber que perteneces a un grupo que comparte tus intereses, tradiciones y con quien puedes disfrutar (cosa que los venteños hacían muy bien). En último lugar, el aprendizaje que me llevaría conmigo para siempre era algo tan simple como que no hay que tener prejuicios. Cuando llegue a ese lugar, me aterrorizaba poder encontrarme con un humano, pensé que iban a ser completamente distintos a mí, que yo les daría miedo. Pero, sin embargo, apareció Mía y le dio la vuelta completamente a esa creencia. Me acogió como si fuera uno más y me ayudó sin esperar nada a cambio; en muy poco tiempo se convirtió en la mejor amiga que había tenido nunca. ¿Quién hubiera dicho que un marciano y una venteña iban a

entenderse tan bien? Supongo que las mejores cosas de la vida son las que no te esperas, como este accidente que se acabó convirtiendo en la mejor experiencia de mi vida. Al montar a mi nave, me despedí de Mía diciéndole ¡Te quiero desde Venta de Baños a Marte ida y vuelta! Desde entonces se ha convertido en mi frase favorita.